

Guy Hermet, *El pueblo contra la democracia*, que discute la experiencia francesa a partir de esta perspectiva; también podemos evocar el dicho según el cual cada vez que había una revolución en Francia, en Gran Bretaña se introducía una reforma electoral.

El análisis institucionalista es hoy en día el enfoque más vital y prometededor de la ciencia política. Una de sus muchas virtudes es que nos reconcilia con la historia, nos invita a mirarla con instrumentos modernos. Este libro es una muestra de los resultados que arroja la combinación de estas dos disciplinas, que además en este caso se enriquece con el cotejo de dos experiencias comparables. Sin embargo, la debilidad del enfoque para explicar el cambio también está ahí, sobre todo en el ensayo de Medina sobre el proceso de construcción del aparato y de la costumbre electoral mexicana. El paso siguiente debería ir hacia la discusión de las iniciativas democratizadoras de las élites, y el examen de la relación entre inercia institucional y cambio.

SOLEDAD LOAEZA

MAURICIO TENORIO TRILLO, *De cómo ignorar*, México, Centro de Investigación y Docencia Económicas-Fondo de Cultura Económica, 2000, 200 pp.

La construcción de toda agrupación social o política, desde un Estado hasta un club social, descansa en la aceptación de reglas y en una mínima compatibilidad de intereses. Pero aún hay más. En toda sociedad no sólo se tienen valores fundantes, sino también omisiones necesarias. Olvido e indiferencia funcionan como agentes utilísimos para la construcción del Estado-nación: a la par de la existencia de una mayoría de opiniones sobre la utilidad de tal o cual sistema político o de los requisitos para que alguien o algo sea considerado "nacional" (los que, dicho sea de paso, siempre serán convenientemente mudables), también deben dejarse atrás agravios previos, hacer caso omiso de diferencias evidentes o, incluso, se debe ignorar la realidad misma, suplantándola con mitos o condenándola a una prudente indiferencia. De cuando en cuando, asistimos al surgimiento de sociedades y estados que se reclaman como descendientes de milenarias civilizaciones, sabiendo, en el fondo, que de la nación aludida no queda más que el nombre y alguna difusa herencia cultural, sólo vista en el museo y en las ruinas. O bien, nos podemos encontrar con que los valores en que decía fundarse esta misma nación, andando el tiempo, son suplantados por otros. Así, la nación que se reclama como descendiente del esplendor de 30 siglos, en

unas décadas puede encontrarse luchando para que sea reconocida como parte del mundo moderno, y en tanto ello, de Occidente.

El libro de Mauricio Tenorio Trillo se centra, justamente, en la capacidad del mexicano (individuo, sociedad y Estado) para olvidar viejas certezas y buscar nuevos parámetros. Desde la misma concepción de "lo mexicano", pasando por la discusión de qué es "en verdad" mexicano, hasta el papel de los intelectuales en México, su condición y su capacidad para mudar referentes. No es un libro que pretenda ser un tratado sobre la labor social del olvido, empapado de análisis concienzudos y rigurosos. Por el contrario, el autor impone una prosa aguda, crítica y frecuentemente muy divertida a sus ideas y razonamientos, que, muy meritoriamente, no quedan opacados con ello. Siendo una colección de ensayos presentados en distintos medios, el libro no intenta alardear de rigor académico y secuencia precisa, sino, más bien, ser un compendio de reflexiones escritas para que un lector las pueda, ante todo, disfrutar.

*De cómo ignorar*, en su primera parte, se dedica a uno de los campos de estudio del autor: el nacionalismo. El primer ensayo, que versa sobre la Exposición Universal de Sevilla 1992, viene a ser una actualización de su libro anterior (*Artifugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*) y, al igual que en éste, se analiza la labor de las exposiciones universales como medios de difusión de una imagen que se quiere proyectar, con frecuencia, en contraposición a la realidad. En la crónica de sus participaciones, México tiene su historia de cambios y olvidos de la imagen e identidad nacional impulsada por el Estado: desde el país próspero de don Porfirio, pasando por la búsqueda de lo "verdaderamente mexicano" en los regímenes posrevolucionarios, hasta el pabellón de Barcelona 1992, donde los esfuerzos por mostrar a un México por fin moderno llevaron a un derroche tecnológico y financiero que sería la envidia de los pabellones de las naciones industrializadas. Eso sí, se trataba de mostrar la modernidad sin perder la nostalgia por el México profundo: demostrar el paso del nopal al nopal multimedia.

El segundo ensayo hace saltar el tema de moda, la cuestión indígena; pero, en vez de enfocarse en los indígenas, se analiza a los que los estudian. Así, al indigenista y su conflictiva relación con el objeto de su estudio se le pueden buscar antecedentes desde Bernardino de Sahagún o Carlos de Sigüenza y Góngora, para continuar con el porfiriató y su indigenismo "de Reforma" (la avenida) con estatua de Cuahutémoc, terminando en el día de hoy. La constante es que el indigenista se enzarza más en una búsqueda de sí mismo que en la del indígena, el cual, como decía Luis Villoro, es una presencia revelada, nunca revelante.

El tercer ensayo cuenta la historia de dos hispanoparlantes en Estados Unidos, uno, español de cuna y de fina educación, Jorge de Santayana; el

otro, mexicano de cuna extremadamente humilde, Sergio Atila Guerrero. Más que contar la historia de dos personas tan diferentes, se cuenta la historia de los puntos en común de dos polifónicos, hispanoparlantes de nacimiento que incursionan en los medios intelectuales y literarios de Estados Unidos, y que terminan por no pertenecer claramente a ningún lado. Sin duda, el autor pone mucho de sí mismo en el texto.

El cuarto ensayo salta hacia la modernidad, intentando ser una "breve contribución historiográfica a la TL*Ceología*", palabra que, como apunta Tenorio, se parece mucho a teleología. La preocupación no es poco fundada: ¿cómo hacer para entendernos, cuando, en gran parte, hemos escrito nuestras historias ignorando al otro, o aún más, haciendo del otro lo que *no* es, para resaltar la propia superioridad? Si hiciéramos caso a los estereotipos de cada uno, encontraríamos muy difícil que el canadiense, pueblo ni mestizo ni racialmente puro y, además, conservador, pudiera entenderse con el pueblo inculto por nacimiento, imperialista acérrimo y cuya conducta denota un ego fuera de toda proporción. Aún menos podríamos entender que ninguno de ambos pudieran asociarse con la barbarie que habita al sur del Bravo. Entonces, ¿cómo conciliar visiones arraigadas con la realidad de una interdependencia creciente? El título del libro parece sugerir la solución.

En el quinto ensayo, el autor da un salto, algo brusco, hacia un formato de acentuado rigorismo cientificista, que primero sorprende, y después pone a pensar al lector sobre las razones de ello, pudiendo concluir que no es más que otra ironía. En la búsqueda de la "refutación al teorema de Masiosare", el autor intenta, en palabras menos rebuscadas, encontrar las contradicciones de una (inasible) doctrina de seguridad nacional mexicana con las culturas nacionales, es decir, con las culturas particulares de una región, etnia o comunidad, acabando por decir que esa concepción de la amenaza externa, consagrada en nuestro himno, es un poco vacía, ya que Masiosare, la encarnación del "extraño enemigo", puede ser cualquiera, ser nadie o ser nosotros mismos.

"Del nacionalismo y México", sexto ensayo, es el más "académico" de todos. A partir del análisis del nacionalismo como concepto, se hace un estudio, breve pero sustancioso, de la construcción de la identidad nacional mexicana y de los procesos políticos y sociales que la acompañan: desde la centralización política y cultural a la invención de una épica, de un proyecto de desarrollo económico y de una identidad nacional. Y, por supuesto, en todo ello va implícita la creación de mitos y el olvido de hechos: un pragmatismo plagado de ideas románticas, donde los "modernizadores vendepatrias" alegan trabajar por el interés y bienestar nacionales, y los "populistas nacionalistas" se afanan por lucir su lado modernizador. Frente a ello, el

autor se lanza a proponer una idea no nueva, pero sí atrevida: a liberar a las naciones de la inevitabilidad histórica, del orgullo y la superioridad, de la mezcla nacionalidad-ciudadanía. Con esto, al menos, se podría hacer de las naciones “mentiras nobles”, útiles, dinámicas y cambiantes, que servirían como marco de referencia estable para el futuro, pero no más. Haberlas considerado como algo más que eso, fue causa de muchas de las desgracias del siglo que acaba de terminar.

El último ensayo de esta primera parte, como dice el autor, es fruto de “pensar en voz alta cosas que leí y vi a raíz de la matanza de Acteal”. Trata de los límites de la tolerancia, haciendo hincapié en las consecuencias que su exaltación pudiera tener, al grado de no haber más opción que tolerar todo, para no ser señalado por la sociedad. Esta situación es presa de la crítica del autor: en vez de sobrevivir en una sociedad donde, en la concepción de muchos, todo debería ser tolerado (algo que, en última instancia, querría decir que todo sería irrefutable), se debería buscar nuevas formas de tolerancia, enfocadas en una realidad de prejuicios y odios soterrados que, no por mucho negarse, dejan de existir. La verdadera tolerancia, para el autor, no es aquella que busca la gozosa aceptación de todas las ideas, sino, sencillamente, un arreglo para convivir o, al menos, para odiarse a gusto sin matarse.

La segunda parte del libro va dedicada a los intelectuales y es, sin duda, la parte donde el autor mejor demuestra su agudo sentido del humor y su capacidad ironizante, que al lector familiarizado con el ambiente intelectual le provocará muchas sonrisas y no pocos sonrojos. Se inicia con un peculiar ejercicio donde el autor contesta una carta de un investigador del año 2099, quien pregunta sobre “qué es eso” llamado un intelectual del siglo XX y, específicamente, sobre dos ejemplos: Daniel Bell y Octavio Paz. La respuesta permite una aguda reflexión sobre los problemas y retos del intelectual moderno, eterno predestinado a descubrir el hilo negro todos los días, mediante el añejo método de ensayo-error, alternando entre ideologías y ciencias y siempre acabando por aceptar que mayor conocimiento no genera mayor comprensión, y por tanto, resignándose a que el ensayo (que no es más que eso) será la producción sin rivales. Por cierto, dice el autor, de ello México es ejemplo paradigmático, porque ensayos sobran, pero, desde la muerte de Paz, “hay un olor a falta de cabeza que dice mucho de la flacura que reina entre la caballada”.

“A la cacería de sentidos comunes” hace una reflexión sobre aquellas certezas que impregnan a la *intelligentsia* y las élites, según la moda, y que, una vez superadas, no hacen más que provocar ternura entre las generaciones venideras. Aunque toma el caso de los “científicos” mexicanos de principios del siglo XX, sin duda que el texto debe llegar hondo a miembros de

otras corrientes de pensamiento cuyo reciente fin aún no logran superar. Sin embargo, en ello no están solos: para desesperanza de los intelectuales contemporáneos “de éxito”, la frase “a nosotros nada nos salvará de ser lo irrisorio del mañana, ni siquiera nuestro posmoderno estar al tanto de las cosas” suena a profecía con muchos visos de cumplirse incluso antes de lo esperado.

“Memoria y olvido historiográfico” alude a la mutua incompreensión intelectual entre Estados Unidos y México, si bien en ello nuestro país se lleva los laureles. Una larga tradición de prejuicios ha impedido el estudio serio de Estados Unidos en nuestras instituciones, de lo cual, sin duda, las experiencias del propio autor pueden decir mucho. El temor a la “gringuización” de nuestra ciencia (y, en particular, de nuestra historiografía) encubre el hecho de que muchas corrientes, venidas directamente o a través de Estados Unidos, han empezado a arraigar en nuestro suelo: *Subaltern Studies*, liberalismo, *Cultural Studies*... Mientras estudiar a Estados Unidos como tales pareciera seguir siendo un pecado en México, los mejores estudios sobre nuestro país se hacen en Estados Unidos, en parte, por la diferencia en disponibilidad de material, de presupuesto y de instituciones académicas, pero también porque allá el lema es *publish or perish* y aquí la norma es *perishing to publish*.

En “Los oficios intelectuales de la crisis” se alude a aquellas profesiones intelectuales que surgen o renacen en los momentos difíciles: el transitólogo, más profeta que científico, es una reencarnación de Heráclito que asegura que todo es movimiento y que hay que denominar y ordenar lo que, en el fondo, no es más que incertidumbre; el abogado, que hoy resurge con fuerza, para señalar leyes que jamás se han respetado y para crear otras que, muy posiblemente, tendrán el mismo destino; también aparece el intelectual “free-lance”, alejado por gusto o a fuerzas de la tutela benefactora del Estado, debiendo buscar el éxito mediante (ahora sí) sus propios méritos y su propia promoción. A la par, el identitólogo resurge descubriendo, otra vez, el México profundo y verdadero que los tiempos necesitan, para así dar fe pública de nuestra autenticidad, pese a todos los cambios; además, deambulan los “heraldos negros”, emisarios y líderes que hacen de la desgracia su manera de vida, traficando no con la esperanza de un futuro mejor, sino con las visiones de un presente negro, del cual ellos no pueden salvarnos pero sí evitar que sigamos cayendo; por último, se presenta el letrado guerrillero, figura mítica que juega a la guerra y a justificarla, y que pone en aprietos a los intelectuales de izquierda al exigirles que se definan por seguirlo o por mantenerse en las cómodas y añejas medias tintas. Tal vez lo más acongojante del texto es el futuro que parece vislumbrarse para todos ellos: cuando la crisis pase, ¿qué?

El último ensayo, "Muerte sin fin", trata justamente el destino de los intelectuales mexicanos, de todo tipo: para empezar, se vislumbra la suerte trágica de los intelectuales mexicanos "clásicos", acostumbrados a las prebendas y los favores del Estado, que deambulan más en los pasillos del poder que en las aulas universitarias, y que observan con terror el arribo de un sistema democrático que amenaza sus privilegios sexenales, empezando por la cómoda existencia de ser intocable. Luego, se encuentra la nueva generación de intelectuales, que, repite el autor, es de caballada flaca, con honrosas pero muy pocas excepciones. La mayoría son buscadores de trabajo quienes, mediante doctorados, tertulias y rencillas interminables, buscan acomodo entre viejas y nuevas opciones políticas o en el Grupo San Ángel. El problema llegará cuando aquellos que no consigan los ansiados altos puestos, viendo frustrados sus sueños de gloria, tengan que regresar a instituciones ya ocupadas tanto por conocidos pensadores y anónimos, como por anónimos y decanos intelectuales. Por ello, al intelectual mexicano no le queda más que renovar sus expectativas y proyectos de vida, en un momento donde, dice el autor, hasta el intelectual más entronizado puede verse en la necesidad de regresar al aula, para encontrarse con la verdadera vida académica, lejos de los honores oficiales y sin SNI.

El libro de Mauricio Tenorio es una serie de críticas agudas, con sentido del humor áspero e ironía chispeante, razonamientos bien estructurados y proposiciones muy interesantes. Tratando temas como el nacionalismo, la construcción de la historia oficial o la condición del intelectual mexicano, se hace una reflexión mucho más profunda sobre la naturaleza de nuestras convicciones y sobre su fragilidad. Al terminar el libro, sin embargo, se percibe que el autor no tiene pocas esperanzas en que sus predicciones no se cumplan. Por lo demás, el libro lleva un título adecuado: hace un cumplido al arte de ignorar la realidad y de crear mitos... lo mismo en la nación que en la academia.

HENIO HOYO PROHUBER

LUIS MADUEÑO, *Sociología política de la cultura. Una introducción*, Mérida, Venezuela, Centro de Investigaciones de Política Comparada (CIPC), 1999, 150 pp.

La cultura política ciertamente ha sido un tema y un fenómeno que por años estuvo relegado no sólo por la ciencia política, sino incluso por otras disciplinas. Partiendo de esta premisa Luis Madueño (sociólogo con maestría